



## EL CULTO DE LA EUCARISTÍA

---

*Dilexi decorem domus  
tuas.*

«He amado el ornato de  
tu casa.»

(PSALM. XXV, 3.)

**U**n día se acercó á Jesús una mujer, que era excelente discípula del Salvador, con intención de adorarle. Llevaba una vasija de alabastro llena de perfumes, la cual esparció á los pies de Jesús, para atestiguarle su amor y honrar su divinidad y su santa humanidad.

—¿Por qué esta superfluidad?—dijo Judas el traidor. —Mejor hubiera sido vender estos perfumes á alto precio y distribuir su importe entre los pobres.

Pero Jesús salió á la defensa de su sierva: «Lo que ha hecho esta mujer bien hecho está, y dondequiera sea predicado este Evangelio se referirá con elogio.»

He aquí ahora la aplicación de este hecho evangélico.

## I

Nuestro Señor Jesucristo está en el Sacramento para recibir de los hombres los mismos homenajes que recibió de aquellos que tuvieron la fortuna de tratarle durante su vida mortal. Está allí para que todo el mundo pueda tributar á su santa Humanidad homenajes personales. Aun cuando ésta fuese la única razón de la Eucaristía, deberíamos considerarnos dichosos de poder rendir á Jesucristo en persona nuestros deberes de cristianos.

Por esta su divina presencia, el culto público tiene su razón de ser, posee vida propia. Suprimid la presencia real; ¿cómo tributar á la santísima Humanidad de Cristo los respetos y honores á que tiene perfecto derecho?

Nuestro Señor, como hombre, no está más que en el cielo y en el Santísimo Sacramento. Por la Eucaristía nos es posible aproximarnos al Salvador en persona, vivo; podemos verle, hablarle; sin esta presencia, el culto vendría á ser una abstracción.

Por esta presencia vamos á Dios directamente, y nos acercamos á El como durante su vida mortal. ¡Desgraciados de nosotros, si, para honrar la Humanidad de Jesucristo, nos viésemos reducidos á evocar los recuerdos de hace dieciocho siglos! Esto es bueno para el espíritu; ¿pero cómo habíamos de prestar nuestros homenajes exteriores á un pasado tan lejano, mediando un lapso de tiempo tan considerable? Nos contentaríamos con dar gracias, sin entrar en la participación de los misterios.

Pero actualmente, instituida la Eucaristía, yo pue-

do ir á adorar á Jesucristo como los pastores, prosternarme en su presencia como los Magos; ya no tenemos por qué sentir el no habernos hallado en Belén ó en el Calvario.

## II

La presencia real de Jesucristo no es sólo la vida del culto externo, si que también nos suministra ocasión de socorrer á Cristo con nuestras limosnas.

Sí, nosotros somos más afortunados, bajo este aspecto, que los mismos santos del cielo; éstos reciben, pero ya no dan. Y se ha dicho que es mejor dar que recibir. Ahora bien, ¡nosotros damos á Jesús! Le damos parte de nuestro dinero, de nuestro pan, de nuestro tiempo, de nuestros sudores y de nuestra sangre. ¿No es éste uno de los mayores consuelos?

Nuestro Señor Jesucristo viene del cielo con su bondad, no tiene otra cosa, y espera de los fieles todas las condiciones de existencia aquí en la tierra. ¡Su templo, la materia de su sacrificio, las luces, los vasos sagrados necesarios para el Sacramento, todo se lo damos nosotros!

Sin estas luces, sin ese pequeño trono, Jesucristo no puede salir de su Tabernáculo. Nosotros se lo damos y podemos decirle: Os halláis sobre un hermoso trono, y nosotros os hemos elevado á él; nosotros hemos abierto la puerta de vuestra prisión, y rasgado la nube que os ocultaba á nuestra vista, ¡oh Sol de amor! Clavad ahora vuestros rayos, cual dardos penetrantes, en todos los corazones.

¡Y Jesús nos debe algo!

El puede pagar sus deudas, y las pagará segura-

mente; Él salió fiador de sus miembros los pobres y atribulados. Cuanto hicieréis con el más pequeño de mis hermanos, os lo devolveré centuplicado. Pues si Jesús paga las deudas de los demás, ¿cómo no ha de pagar las suyas propias? En el día del Juicio podremos decirle: Os hemos visitado no sólo en vuestros pobres, si que también en Vos mismo, en vuestra augusta Persona, ¿qué nos dais en recompensa?

Las gentes del mundo jamás comprenderán esto. Dad, dad á los pobres, pero á las iglesias, ¿para qué? ¡Esto es dinero perdido! ¿A qué tanto valor en los altares?

¡Y así es como algunos se hacen protestantes!

No, la Iglesia quiere un culto vivo, porque posee á su Salvador vivo sobre la tierra.

¿Qué dichosos, pues, no serán aquellos que se agencian rentas eternas á cambio de lo poco que dan á Nuestro Señor Jesucristo? ¿Es esto nada acaso?

Y no es esto sólo. Dar á Jesucristo es un consuelo, una satisfacción íntima; es más, es una verdadera necesidad.

### III

Sí, tenemos necesidad de ver, de sentir cerca de nosotros á Nuestro Señor Jesucristo y de honrarle con nuestros donativos.

Si Jesucristo no quisiera de nosotros otra cosa que homenajes interiores, dejaría de responder á una necesidad imperiosa del hombre: nosotros no sabemos amar sin manifestar nuestro amor por testimonios exteriores de amistad y de cariño.

Así es que se puede apreciar la fe de un pueblo por sus donativos á las iglesias.

Si arden las luces, la mantelería está limpia, los ornamentos decentes y bien conservados, ¡ah! ¡en aquel pueblo hay fe viva, fe verdadera!

¡Pero si Jesucristo está sin ornamentos, en una iglesia, que más que iglesia parece una cárcel, entonces es prueba de que allí falta la fe!

¡En este punto cuán miserables somos en Francia!

Se hacen donativos para todas las obras de beneficencia; pero si pedís para el Santísimo Sacramento, se ignora lo que decís.

Para adornar el altar de tal ó cual santo, para una peregrinación donde se obran curaciones maravillosas, todavía se da; ¡mas para el Santísimo Sacramento, *nada!*

¡Irá, pues, el Rey vestido de andrajos, mientras que la servidumbre se adorna con soberbias vestiduras y magníficos aderezos? Y es que no se tiene fe, fe activa, fe amorosa; se tiene una fe especulativa, negativa. Hay muchos protestantes en la práctica, aun cuando se tengan por católicos.

Jesucristo está allí: se le piden sin cesar gracias, la salud, una buena muerte; ¡pero jamás se honra su pobreza con el menor donativo! ¡Callad, pues; obrando así le insultáis!

Dice el Apóstol Santiago: «¡Si un pobre te pide limosna, y le despides sin darle nada, diciéndole: «La paz de Dios sea contigo», te ríes de aquel pobre y eres homicida!»

Pues bien, ahí está Nuestro Señor Jesucristo que nada tiene, que todo lo espera de vosotros; vosotros vais á decirle: ¡Te adoro, te reconozco como mi Rey, te doy gracias por hallarte presente en el Santísimo Sacramento! Con todo esto, si no le dais nada para el esplendor de su culto, ¡le insultáis!

Y cuando un párroco se ve obligado á usar ornamentos miserables, rotos y sucios, porque no tiene otros, la culpa es de los feligreses: esto es un verdadero escándalo.

Porque es lo cierto que todos, todos pueden dar á Jesucristo Nuestro Señor, y la experiencia demuestra que no son los grandes ni los ricos los que sostienen el esplendor del culto eucarístico, sino la masa del pueblo pobre.

Veía un día Jesucristo que los fariseos echaban grandes sumas en el gazofilacio, y no daba muestras de impresionarse por ello; pero he aquí que una pobre mujer pone un denario: esto era todo lo que poseía, y Jesucristo la admira, su corazón se conmueve, y no puede menos de decir á los Apóstoles: esta pobre viuda ha dado más que todos los otros, porque ha dado de lo que necesitaba para su sustento.

Pues del mismo modo, aquel que se priva de algo para ofrecer una vela, una flor, da más que aquel otro que, hallándose en posición desahogada, puede aportar cuantiosas sumas; Jesús no atiende á la cuantía de las dádivas, sino al corazón que las hace.

¡Dad, dad, pues, algo al Señor! ¡Consolad su abandono, socorred su pobreza!

#### IV

Pero hay más todavía.

Jesús está allí por amor, ¿no es esto? Pues bien, cuando se cree en su presencia, cuando se le ama, no comprendo que no se le atienda con algún obsequio.

Dejemos á un lado los méritos y las gracias que nuestras ofertas nos proporcionan; ¿no es ya una honra bastante grande poder regalar algo á Nuestro Señor, poder honrar con nuestros obsequios al Rey de los Reyes?

Ciertamente que no todo el mundo es admitido á presentar sus homenajes á un Rey de la tierra: esto no se consigue sino á fuerza de protecciones. ¿Osaría nadie, á menos de tener mucha confianza con un amigo de más alta posición, ofrecerle ni siquiera un ramillete?

Ahora bien, ¡Jesús es Rey, pues es quien hace á los Reyes; y sin embargo, El no quiere para sí la etiqueta que suelen usar los Reyes de la tierra; El permite que nosotros le presentemos continuamente nuestros homenajes, y los está esperando sin cesar!

¡Ah! ¡cuánto nos honra esto! Aprovechémonos, pues: no hay más que un tiempo para dar. Aquí, en la tierra, Dios quiere recibir algo de manos nuestras; ojalá tengáis con frecuencia el consuelo de decir: ¡He dado algo á Jesucristo Nuestro Señor!

¡El en cambio se dará á vosotros!





## AMEMOS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

---

*Diliges Dominum Deum  
tuum ex toto corde tuo...*

« Amarás al Señor tu  
Dios con todo tu corazón.»

(Deut. , VI, 5.)

### I

**C**UANDO sea levantado sobre la tierra, atraeré á mi todas las cosas.— Desde lo alto de la cruz atrájose, en efecto, Nuestro Señor Jesucristo todas las almas, rescatándolas del pecado. Pero ciertamente también, al pronunciar aquellas palabras, Jesucristo tenía fija su mirada en el trono eucarístico, al pie del cual quiere atraer todas las almas, para sujetarlos allí con las cadenas de su amor.

Jesucristo quiere infundir en nosotros un amor apasionado hacia él.

Toda virtud, todo pensamiento que no termine en una pasión, que no acabe por convertirse en una pasión, no producirá jamás ninguna cosa grande.

El amor no es más que el afecto de un niño: ama por instinto y porque se siente amado; se ama en aquellos que le hacen bien.

Un criado puede sacrificarse; pero no amará verdaderamente sino cuando se sacrifique por afecto á sus amos, sin atender al interés personal.

El amor no triunfa sino cuando es en nosotros una pasión viva. Sin esto podrán practicarse actos de amor aislados más ó menos frecuentes; pero ni tomarán ni darán vida.

Pues bien, en tanto que no tengamos para Jesucristo Sacramentado un amor de pasión, un amor vivísimo, nada habremos hecho.

¡Nuestro Señor Jesucristo, en la Eucaristía, nos ama con pasión, nos ama ciegamente, sin pensar en sí mismo y sacrificándose enteramente por nosotros: hemos, pues, de corresponderle!

## II

Para que nuestro amor sea una pasión, debe someterse á las leyes de las pasiones humanas. Hablo de las pasiones honestas, naturalmente buenas; pues las pasiones son indiferentes en sí mismas: nosotros las hacemos malas cuando las dirigimos al mal, y en nosotros estriba el hacerlas servir para el bien.

Ahora bien, una pasión que domina á un hombre, le concentra, es decir, que el hombre fija en ella el móvil de sus operaciones, la fuerza impulsiva de toda su actividad.

Tal hombre quiere llegar á esta ó aquella elevada y honrosa posición. No trabaja sino para conseguirla: diez, quince, veinte años, no importa; yo he de llegar, dice; hace de aquel pensamiento el centro de su vida, encaminándolo todo á la realización de aquel

pensamiento y deseo, y dejando á un lado cuanto no conduzca á su fin.

Otro, deseando hacer su fortuna, empieza por limitarla: yo llegaré á poseer esto. Trabaja, no conoce la fatiga ni el cansancio; de todo saca partido para el objeto que persigue; fuera de este objeto, todo le es indiferente.

Otro se propone hacer una boda ventajosa. Al ejemplo de Jacob, siete años de servicios no le parece gran cosa. Terminados éstos, empezará otros siete si necesario fuera: ¡Yo poseeré á Raquel! Y todos sus trabajos—dice la Escritura—le parecen nada, á causa de su extraordinario amor.

He aquí cómo se llega á algo en el mundo; estas pasiones pueden convertirse en malas, y con mucha frecuencia no son ¡ay! sino un crimen continuo; pero en fin, pueden ser y son aún dignas de respeto desde cierto punto de vista.

Sin alguna pasión no se va á ninguna parte; la vida no tiene objeto alguno, vivese una vida completamente inútil y baldía.

## III

Pues bien, en el orden de la salvación es preciso también tener una pasión que domine nuestra vida, y la haga producir, para gloria de Dios, todos los frutos que el Señor espera de nosotros.

Ama tal virtud, tal verdad, tal misterio con pasión. ¡Sacrificales toda tu vida, tus pensamientos, tus trabajos; sin esto no llegarás á ninguna cosa grande; serás un simple destajista en el campo del Señor, jamás un héroe!

Amad la Eucaristía con amor apasionado. Amad á Jesucristo Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento con todo el ardor con que las gentes suelen amar el mundo, pero por motivos sobrenaturales.

Para llegar á esto, debes empezar por someter tu espíritu á la influencia de esta pasión. Fortalece en tí el espíritu de la fe; persuádetes invenciblemente de la verdad de la Eucaristía, de la verdad del amor que Jesucristo te atestigua en el augustísimo Sacramento.

Ten una gran idea, una contemplación arrebatada y entusiasta del amor y de la presencia de Nuestro Señor: con esto darás á tu amor un combustible que alimentará su llama, y de este modo será constante.

Un hombre de genio concibe una obra maestra; la percibe y comprende en todos sus detalles con la mirada del alma, y se entusiasma, se enamora de ella; este hombre la realizará por cuantos medios estén á su alcance, aun á costa de los mayores sacrificios; ni las contrariedades ni el cansancio le harán cejar en su empeño; y es que le domina el ideal que persigue; lo tiene siempre á la vista, y no hay medio de que su inteligencia se aparte de él.

Pues del propio modo, ved á Nuestro Señor Jesucristo, mirad, considerad su amor; que este pensamiento os arrebate, domine y enajene. ¡Pues qué! ¿es posible que Jesucristo me ame hasta el punto de darse á mí continuamente sin el menor asomo de cansancio ó fatiga?

Tu espíritu se fijará entonces en Nuestro Señor: tu inteligencia, tus pensamientos todos tenderán á buscarle, á estudiarle; querrás entonces profundizar más y más las razones de su amor, sobreviniendo en consecuencia la admiración, el arrobamiento, y

dejando escapar de tu corazón aquellas palabras: ¿Cómo responder á tanto amor?

He aquí, pues, cómo se forma, cómo nace y se alimenta el amor del corazón. No se ama bien sino aquello que bien se conoce.

¡Y el corazón salta, corre hacia el Santísimo Sacramento!

Salta y corre (*bondit*), porque no tiene paciencia para andar paso á paso.

¡Jesucristo me ama! ¡Me ama en su Sacramento! El corazón rompería, á ser posible, su envoltura de carne, para unirse más estrechamente á Jesucristo Nuestro Señor.

Los Santos nos han dado de esto admirables ejemplos; su amor los transporta; los hace sufrir, se apodera de ellos por completo; es un fuego que los consume, que gasta sus fuerzas y que acaba por causarles la muerte.

¡Dichosa muerte!

#### IV

Si todos no llegamos hasta ese extremo, todos podemos por lo menos amar apasionadamente á Jesucristo, dejarnos dominar por su amor.

¿Por ventura no amáis á nadie en el mundo?

¿Vosotras, madres, no sentís por vuestros hijos un amor apasionado? ¿Esposas, no amáis con pasión á vuestros esposos? ¿Y vosotros, hijos, no os queda sitio en vuestro corazón para algo más que vuestros padres?

Pues bien, transportad ese amor á Nuestro Señor Jesucristo.

No hay ni puede haber dos amores; uno sólo existe.

Jesucristo no os pide que tengáis dos corazones, uno para Él y otro para aquellos á quienes amáis aquí en la tierra.

Así, pues, ¡oh madres, amad al Santísimo Sacramento con vuestro corazón de madre, amadle como á un hijo!

¡Esposas, amadle como á vuestro esposo!

¡Hijos, amadle como á vuestro padre!

Sólo hay en nosotros una facultad, una potencia de amar, la cual tiende á diferentes objetos y por motivos también distintos.

Hay algunos que aman locamente á sus padres, á sus amigos, y que no saben sin embargo amar á Dios! Lo que se hace con la criatura es lo que debe hacerse con Dios: sólo que á Dios hay que amarle sin tasa, sin medida y siempre más.

## V

El alma que así ama, no tiene sino una facultad, una sola vida, Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento. ¡Allí está!.. Y vive preocupada continuamente con este pensamiento. ¡Allí está!... Cuando esto sucede, hay correspondencia, hay comunidad de vida entre Jesucristo y nosotros.

¿Por qué, pues, no hemos de llegar á ese punto? ¡Se retrocede á más de dieciocho siglos para buscar ejemplos de virtud en la vida mortal de Jesucristo!

Mas Jesucristo pudiera decirnos: Me habéis amado en el Calvario, porque allí borré vuestros pecados; me habéis amado en el Pesebre, porque allí era

dulce y amable; ¿por qué, pues, no me habéis amado en el Santísimo Sacramento, donde estuve siempre con vosotros? Vosotros no teníais que hacer más que venir. ¡Allí estaba yo á vuestro lado!

¡Ah! En el día del Juicio no serán nuestros pecados lo que causará en nosotros mayor espanto y lo que se nos reprochará con más acritud: los pecados habrán sido ya perdonados para no volver á ellos. ¡Pero Nuestro Señor Jesucristo nos reprochará que no le hayamos amado!

¡Me has amado menos que á las criaturas!, nos dirá. ¡No has cifrado en mí la felicidad de tu vida! ¡Me has amado lo bastante para no ofenderme con pecados mortales, ¡pero no lo suficiente para vivir de mí!

Mas nosotros podríamos decirle: ¿Estamos acaso obligados á amar de este modo?

Bien sé que el precepto de amar así no está escrito, ¡pero no hay necesidad de que lo esté! Nada lo dice expresamente, pero todas las criaturas lo proclaman á voz en grito: la ley está en nuestro corazón.

Sí, lo que me asusta es que los cristianos piensen gustosa y seriamente en todos los misterios, que se consagren al culto de tal ó cual Santo, ¡y que no hagan al menos otro tanto por Nuestro Señor en la Eucaristía!

¿Y por qué, por qué esto? ¡Ah! Es porque no puedo uno mirar atentamente al Santísimo Sacramento sin decir: ¡Preciso es que yo le ame, necesario es que le visite, no puedo dejarle solo, me ama demasiado!

Lo demás, el acudir á su vida mortal, eso está muy lejos, eso pertenece á la historia, no es así como se aprisiona el corazón, á lo sumo se excitará



su admiración; ¡pero aquí hay que entregarse, hay que residir en la propia casa de Jesucristo, hay que vivir su propia vida!

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestros corazones, ¡amémosla, pues, apasionadamente!

Dirá alguno: todo esto es una exageración.

¡Sí, el amor no es más que una exageración! Exagerar es exceder, sobrepujar la ley, ir más allá de lo que ésta exige; pues bien, ¡el amor debe exagerar!

El amor que Jesucristo nos demuestra al quedarse con nosotros sin honores, sin servidumbre, ¿no es también exagerado?

Aquel que no quiere rebasar un ápice la línea de sus obligaciones, quien se atiene solamente, exclusivamente, al estricto cumplimiento de su deber, éste tal no ama. No ama sino aquel que siente en sí la pasión del amor.

Y vosotros tendréis la pasión de la Eucaristía, cuando Jesucristo en el Santísimo Sacramento sea vuestro pensamiento habitual; cuando vuestra felicidad consista en ir á sus piés, cuando vuestro constante deseo sea agradecerle.

¡Vamos, pues, entremos en Jesucristo Nuestro Señor! Amémosle, siquiera sea poco, por El mismo, por su bondad; ¡sepamos olvidarnos á nosotros mismos y darnos á este buen Salvador! ¡Sacrifiquémonos, pues, algún tanto! ¿Veis esos cirios, esa lámpara que se consumen sin dejar nada, sin reservar cosa alguna?

¿Por qué también nosotros no hemos de ser para Jesucristo un holocausto del que nada quede?

¡No, no vivamos ya más; que Jesucristo-Hostia viva sólo en nosotros! ¡Nos ama tanto!



## LA EUCHARISTÍA ES NUESTRA VIDA

*Ego sum via, veritas et vita.*

«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

(JOANN., XIV, 16.)

### I

**J**ESUCRISTO pronunció estas palabras cuando se hallaba todavía entre los hombres. Pero ellas se extienden más allá de la vida humana del Salvador. Estas palabras son para siempre, y pueden aplicarse siempre con la misma verdad al Santísimo Sacramento. En la vida espiritual hay también caminos ficticios, artificiales, travesías que pueden seguirse durante algún tiempo para dejarlas después. Mas Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el camino estable, perpetuo. Es el medio, el modelo, pues de poco nos había de servir conocer el camino, si con su ejemplo no nos enseñase á andar. No se va al cielo sino participando de la vida del Salvador. Esta vida se nos da en germen por el bautismo; los sacramentos la fortalecen; pero consiste principalmente en la práctica é imitación de las vir-